y con el prestigio de mi nombre supuesto, arranqué al químico su secreto, y supe que habia entre- do encontrar una disculpa. gado à Felipe de Marnis una pastilla que, perfumando con ella cualquiera objeto y frotando con paciencia. él la piel, era bastante para causar una muerte lente y segura. Inmediatamente corrí á unirme con prosiguió: D. Juan, llegué à Gemblours, entré en la cámara del principe, y le ví dejar la toalla en una bandeja, me, sí, ó no, Guillermo. que sostenia Felipe de Marnis. ¿Comprendeis toda la amargura de mi alma, todo el horror de mi se-la amargura de mi alma, todo el horror de mi se-algunas veces....—¡Guillermo! interrumpió María con airado

-¿Señora? murmuró el jóven paje con doloroso acento. abatimiento:

- Por qué no avisasteis? esclamó Gonzalo con vehemencia.

-Caf desmayada, dijo María, enjugando una ardiente lágrima.

-Es verdad, murmuró Gonzalo llevando la diestra á su espada.

María siguió refiriendo á Gonzalo pormenores y sufrimientos; la seguridad que tenia de que el tósi- bre ama á una mujer.... añadió el posadero que, go era mortal, y que contaba con su aucsilio para sin saber él mismo cómo, siempre estaba hablando encontrar medio de justificar su inocencia. Gonza- de su amor. lo juró que Felipe de Marnis no sobreviviria á su víctima; por consejo de María, pidió al príncipe la reza y majestad. libertad de Guillermo Matren; y despues de haberla conseguido, arregló con el gobernador de la ciu- teoría general, y en eso de tonterfas soy tan fuerdadela la entrevista que debemos ahora presenciar, te.... Teoría quise decir, hermosa. si con ánimo de varon constante proseguimos esta fiel y verfdica historia.

y pasandose la mano por los ojos, como temiendo y repuso con dignidad: estar dormido ó verla entre los vapores del vino.

-{A qué has venido aquí, María preguntó el turbado posadero.

-- ¿Qué te importa? ¿No sabes, Guillermo, que solo te concedo el derecho de contestar á mis pre- tó María con asombro. guntas? ¿Quién te autoriza á que preguntes à tu vez?

-Es verdad, murmuró Guillermo, inclinando mas la cabeza.

-¿Por qué te has escedido Guillermo de un modo tan poco cortés?

-Perdona, María, te prometo no escederme mas en la vida.

-Levántate, Guillermo, levántate v ocupa un l sitial.

Guillermo se levantó bamboleándose, y ocupó bien tomó asiento María.

- Deseabas verme? preguntó María al posadero.

-Es que....murmuró el pobre mozo, querien-

-Basta, he dicho, v te dejaré si así abusas de mi

El posadero bajó los ojos, y la hermosa jóven

- Estas dispuesto á bedecerme? Respónde-

-Ya se vé que lo estoy. Como te amo tanto,

-Es verdad, María, no me acordaba que no me -Su barba postiza y su disfraz no le ocultaron preguntaste por mi amor; repuso el tímido y fiel amante con un temor reverencial.

> -¿Estás dispuesto á obedecerme? preguntó la hija del armero.

> -Lo estoy. Haré todo lo que me mandes, y lo haré sin dudar, María.

> -: Obedecerás ciegamente cuanto te mande, Guillermo Matren?

> -Me echaré en un pozo por tí. Cuando un hom-

-¡Guillermo! interrumpió la jóven con mas du-

-Perdona, María: no hablaba por mí: era una

Al pensamiento de María se presentó un Bene dixistis, que no pronunciaron sus labios, porque es-¡María! ¡María! repitió Guillermo arrodillado, taba muy preocupada para entretenerse con burlas,

-Es preciso, Guillermo Matren, que vayas ma--Guillermo, repuso María con acento firme y nana á Bruselas. Me has entendido? mañana mismo irás á Bruselas.

-Perdóname, María, perdóname; pero no puedo complacerte.

No puedes complacerme, Guillermo? pregun-

-Quizás no sabes que estoy prisionero, repuso Guillermo sollozando.

-No importa, replicó María con frialdad y prefundo desden.

-Me parece que estando preso.... murmuró Guillermo.

-Escúchame con atencion, y no desplegues mas

Guillermo bajó humildemente los ojos, y prosiguió Marfa:

-Es preciso, en primer lugar, que vayas mañael lugar que le indicó la jóven con la mano: tam- na á Bruselas. Debes dirijirte despues á la torre de los Tres Cipreses.

- A la madriguera del brujo? observó Guillermo con malicia.

-Sí, y dirás á maese Genaro estas palabras: -Y tanto como lo deseaba, repuso Guillermo con "Maesse Genaro, habeis dado á Felipe de Marnis una estúpida sonrisa, mitad borracha, mitad tonta. un tósigo para quitar la vida al príncipe. El tósi-Tú sabes que nada en el mundo quiero yo como á go era tan activo, que perfumando con él un lienzo tí, María: tú sabes que mi amor....tí sabes.... y frotando con el lienzo la piel, causaba lenta y se--Basta Guillermo, basta, repuso María con du- gura muerte. Escribid todo esto, maesse Genaro y añadid además el uso que ha hecho Felipe del

veneno." Así que adquieras el escrito, me lo traes ned la bondad de seguirme," le condujo al patio; vientes dos ó tres caballos.

-: Y si maesse Genero se niega? preguntó Gui- la angustia dentro del alma: llermo con razon.

-Lleva á prevencion tu puñal, repuso la jóven triste, Guillermo.

-No escribirá despues de muerto, observó el hijo del posadero.

-Amenázalo con la muerte, y escribirá vivo, Guillermo.

-: Y para qué quieres, María, el escrito de maesse Genaro?

-: Con qué derecho me preguntas? dijo la jóven sonriéndose.

-Es verdad que no tengo derecho, pero.... murmuró Guillermo Matren.

-- Pero qué? preguntó María con su sonrisita Bruselas.

-María, nada, repuso el posadero, no atreviéndose á medir sus fuerzas con las de tan singular

-: Has aprendido las palabras que has de decir á maesse Genaro?

das muy pronto.

-Repítelas, y probaré; aunque te advierto que poderosas ambiciones. me costará gran trabajo.

decir el posadero, hasta que consiguió grabarlas riendo debilitar mas el poder con divisiones intestien la memoria de Guillermo, este trabajo debia ser nas, para presentarse en tiempo oportuno como árimprobo, pero conseguido era seguro que no se bor-bitro ó necesario mediador; pretendiendo destruir rarian jamás, pues la memoria del posadero era de completamente el edificio para aprovechar los esbronce y las palabras esculpidas en bronce no se combros, levantando uno que sirviera á su ambi-

triunfo: ¡Oh, María, que milagros hace el amor! ¡Lo que ha logrado mi cariño!

Con tan grotesca ecsaltacion pronunció el posadero estas palabras, que no pudo contener María tector de Flandes, con cuyo nombramiento atraeuna sonrisa; y animado con ella Guillermo, añadió, ria sobre Don Juan de Austria las armas de este soltando las palabras como sus linfas un torrente:

-¡Cuánto te amo, cuánto te amo! ¿Cuándo nos

casarémos, María? do que tanto imponia al posadero:

-Cumple mis órdenes, Guillermo, y no me preguntes jamás.

María desapareció repentinamente detrás de la ricas comarcas. misma cortina por donde se habia presentado, y Guillermo dijo para sí con una sangre fria admira- co, siguiendo las órdenes de su hermano Felipe II, ble v una estupidez aun mas fria:

ra de otra manera. Mas es el caso que no estoy libre, y qué sé yo si podré ir . . . si podré cumplir su deseo.... si....

En este momento entró el criado, que le habia llevado al gabinete, y con la misma fórmula de "te- general, que aflijian á veces su ánimo y que llama-

inmediatamente: y no importa que en el camino re- en el patio lo esperaba Bruno, el cual, dándole un tierno abrazo, le dijo con las lágrimas en los ojos y

-Tengo que darte una mala nueva, una nueva

-¡Una mala nueva? preguntó el jóven aterrado. -Al menos para mí lo es, y si tú no eres un ingrato, lo será tambien para tí.

-Esplicate, Bruno, y no tardes, porque, la verdad, tengo miedo.

-Estás en libertad, Guillermo, dijo Bruno lan-

zando un suspiro de una legua. -Ya yo lo sabia, repuso Guillermo con el mis-

mo solemne acento que pudo decirlo el intrépido Santiago Molay.

Al dia siguiente el posadero marchaba camino de ... 5 36 3 ...

CAPITULO XV.

JUNTO A LA DICHA LA PENA.

-Me parece que no, María, soy algo flaco de Lin tanto que la hija del armero padecia mortales angustias y se procuraba los medios de patentizar -Es preciso que las aprendas, y que las apren- su inocencia, el estado de los negocios se complicaba mas y mas, despertándose cada dia nuevas y mas

No satisfecho el príncipe de Orange con la tute-María repitió varias veces las palabras que debia la que ejercia sobre el archiduque gobernador; quecion de pedestal; y deseando, en fin, hacer de las -Ya las sé, dijo por fin Guillermo con aire de quince provincias lo que de Holanda y Zelanda habia hecho, entabló secretas negociaciones con Francisco, duque de Anjou y de Alenzon, y consiguió que los estados generales nombraran al duque projóven príncipe, arrebatado y ambicioso. Pero no era este el pensamiento principal del astuto Guillermo Nassau, sabia muy bien que poniendo en ín-- Jamás! esclamó la jóven irritada; y levantán- timo contacto á los franceses y flamencos, lejos de dose bruscamente, añadió con aquel acento de man- estinguirse poco á poco las rivalidades de nacion, tomaria un nuevo incremento, y asegurarian al príncipe de Orange ó á sus sucesores, el tiempo poco le importaba, una especie de soberanía en aquellas

Mientras intrigaba así Orange, mandó el austriaque se publicara el edicto por el rey de España de-Que irritable es esta muchacha, por nada se cretado, y traducido á tres idiomas, empezó á teenoja, y jvive Dios! que sus miradas me dan mie- ner el 26 de Junio de 1578, la debida publicidad. Pero cuando yo vuelva triunfante me recibi- Este edicto no produjo ningun efecto favorable, sirviendo solo para que Guillermo de Nassau persiguiera y encarcelara á cuantos nobles parecian inlinados á la paz.

De todas partes llegaban nuevas al gobernador

ban siempre poderosamente su atencion. Sabia por conducto seguro, que se habia formado en Alemania un poderoso ejército á sueldo de los Estados generales, que este ejército habia pasado el Mossa, v que estaba sentando sus reales en las cercanías de Nimega. Sabia D. Juan de Austria que el duque de Anjou y Alenzon, acompañado del mariscal de Casse, célebre hugonote, y al frente de un lucido ejército, marchaba sobre Mons, la mejor y princi pal ciudad del Hainault; y por último, que Juan y de su invicto general.

Casimiro y sus tropas marchaban por tierra de Farnesio, Serbello Gueldres dirijiéndose hácia Nimega para reunirse al ejército de los Estados y componer uno formidable.

engañoso el estado de las provincias, y se hacia bellas ilusiones, prestando en muchos casos fé á no-Hainault, aunque con escasa fortuna, Enrique III rey de Francia y hermano del duque, aseguraba a Felipe II, que desaprobaba altamente el proyecto del duque Francisco, y que tomaba las disposiciones oportunas para que no tuviera efecto. El rey abandonaron el salon, precedidos del bizarro príncide España, olvidando, ó aparentando quizás olvidar lo que habia sucedido con el archiduque Matías y el emperador de Alemania, notició inmediatamente à su hermano las seguridades que el francés acababa de darle, manifestándose muy satisfeda podia cortar aquel nuevo nudo gordiano.

Decidido á todo emprenderlo, y con ánimo de de los capitanes. adelantarse á la reunion de los ejércitos coligados, los cuales daban un total de sesenta mil infantes y riéndola dulcemente. diez y seis mil caballos, reunió á los cabos en consejo y les dijo estas breves razones:

den reunirse en uno solo, y desean cruzar sus espadas con las tizonas de Toledo: no demos lugar à cariñosas protestas. su reunion, y vencerémos en detal á los rebeldes y de soldados franceses; combatirá el duque de Anjou y de Alenzon con los vencedores de San Quintin: contra nosotros se adelanta el conde Bossú, ya cipe, y tendió su mano hácia el tapiz. vencido en otra ocasion, con un ejército formado en las fronteras del imperio: combatirán los alemanes | tando la sencilla accion de la jóven. con los veteranos de mi padre, que humillaron la soberbia de los electores de Sajonia y Hesse, y la gular. del traidor príncipe Mauricio: contra nosotros vie ne Juan Casimiro, sin acordarse de nuestros solda- mujer? dos de Italia. Marchemos contra el enemigo en busca de un nuevo laurel.

-¡Vamos á su encuentro, señor! esclamó el príncipe de Parma poniendo mano á su tizona.

-¡A su encuentro! esclamó tambien Serbelloni, con mas fuego que prometia su ancianidad.

-¡A su encuentro! añadió Gonzaga, y si los hallamos rennidos los vencerémos con mas gloria.

del rico palacio de las flores respondieron á este ale- tura el genio de las tempestades?

gre y marcial clamor, llevándolo de sala en sala y haciéndolo mas imponente.

Pasado el primer entusiasmo, se levantó Alfonso de Leiva y dijo al príncipe:

-Señor, mis nobles piden el combate y el lugar del mayor peligro.

-Y mi tercio, anadió Figueroa con tranquila marcialidad, teme ver enmohecidas sus picas si no las lava en la vil sangre de los enemigos de su rev

-Farnesio, Serbelloni, Gonzaga, dijo el príncipe poniendo la diestra en la empuñadura de su espala, y la siniestra sobre su hidalgo corazon, juro á Dios y à mi augusto padre que venceré à los ene-La corte de Madrid miraba por un prisma muy migos, estén juntos ó separados, presentenme camnal batalla ó escóndanse tras sus trincheras. D. Alonso de Leiva, dí á tus nobles, que no estarán ticias interesadas y á las mas falaces protestas. En ociosos mucho tiempo; y tú, D. Lope de Figueroa, tanto que el duque de Anjou corria el territorio de asegura á tus veteranos que pronto lavarán sus pias. Y como si hubiera profetizado, se dejó caer sobre su asiento, con algunas muestras de cansancio.

Todos los valientes capitanes aplaudieron la resolucion del austriaco, y dandose mútuos parabienes

pe de Parma.

Durante el consejo se habia entreabierto varias veces una colgadura de tapices, pero un solo hombre habia puesto en ella la atencion; este solo hombre era D. Juan. Cuando salió el último cabo, se cho; pero D. Juan, que conocia mejor los negocios abrió del todo la colgadara y apareció una hermosa y tocaba de cerca la perfidia de muchos príncipes, dama; esta hermosa dama era María, que acababa comprendió al momento que solo el filo de la espa- de dictar leyes al imbécil Guillermo Matren, y que desde un paraje oculto habia presenciado la sesion

-Acércate, hermosa María, dijo D. Juan, son-

La jóven se adelantó y apoyó su diestra en el respaldo del sitial que ocupaba el príncipe sin pro-Capitanes, varios ejércitos enemigos preten- ferir una palabra; pero banando á su ilustre amante en una mirada de amor mas elocuente que mil

- En donde has estado, María? preguntó el ausà sus numerosos aliados. Capitanes, contra noso triaco volviéndose para ver el rostro encantador de tros viene el duque de Anjou y Alenzon al frente la hermosa hija del armero. ¿En dónde has estado,

María no respondió á la doble pregunta del prín-

Qué hacias allí? preguntó D. Juan interpre-

-Escucharte, repuso María con entonacion sin-

- Y me has escuchado mucho tiempo, hermosa

-Todo el tiempo que has hablado, príncipe, y tus palabras no se borrarán de mi memoria.

-Pobre María, poco te habrán interesado las rudas frases de un guerrero.

-No, príncipe, tus palabras me han interesado hoy mas que nunca; tu voz retumbaba bajo estos dorados artesones, como el trueno sobre las nubes, y -: A su encuentro! repitieron todos, y los ecos tus ojos despedian rayos. ¿Eres, príncipe, por venentusiasmo de María.

debió predecir Jeremías la destruccion de su ciudad.

una espresion singular, y le preguntó:

cha con entera formalidad.

cas veces me engaña el corazon.

la preguntó:

profesabas en Bruselas?

lica, hoy no te amo.

-¿Nos me amas, María? murmuró D. Juan, no dando crédito á las palabras de la jóven.

-No te amo porque no eres hombre, te adoro dijo con voz breve: porque eres un Dios.

El príncipe levantó á María, estampó otro beso en su mano, y acarició mas sus cabellos. La hija tremecida y levantándose del sitial. del armero se dejó caer sobre un sitial, y cerró sus

bras del jóven príncipe dirijidas á sus valientes ca- hondo de su alma. pitanes? La hija del armero la esplicaba preguntándole si era profeta, y adorándole como á Dios. ¿Pero el entusiasmo de María habia dado á las palabras tamente habia brillado en la mirada del caudillo el Austria, lugubremente poseido de una idea de muer- un suspiro. te, preveia su prócsimo fin, pero tambien vaticinaba que un guerrero de su valta debia morir como el guntarla el austriaco. tebano Epaminondas, despues de ganar una batalla; 6 como el breton Beltran de Gueselin, despues de con manifiesta repugnancia. haber recibido las llaves de una combatida ciudad. Esta persuasion y estas creencias habian dado al dad de Namur? principe ese prestigio inesplicable, que habia electrizado á los guerreros y casi vuelto loca de amor pretesto alguno que lo estorbe. y entusiasmo á la hermosísima María.

Reclinada sobre el sitial y con los párpados cai- mo á Bruselas? dos permanecia la hermosa jóven, y el príncipe, de | Todavía no, dijo la jóven con acento firme y pié y á su lado, no osaba interrumpir aquel dulcísi- resuelto. mo sopor. Varias veces habia contemplado el austriaco las Madonas de Rafael, vírgenes y mujeres Juan con sarcasmo.

Don Juan se son ió dulcemente contemplando el | á un tiempo, con un amor divinizado; pero no habia sentido nunca tanto respeto y tanto amor como es--No te rias, D. Juan, no te rias, prosiguio la jó- perimentaba entonces ante María Estraten, dormiven en su creciente ecsaltacion. Si el conde de Bos- da en éxtasis, ó desmayada. Unas veces pretendia sú, guerrero probado y valiente general por los es- abrasarse en la pura luz de sus ojos, y llevaba el tados del Brabante, te hubiera oido, el conde de Bos- dedo á sus párpados para abrirselos con amor; comsú hubiera temblado como un niño; si el duque de prendia otras todo el celestial embeleso de aquella Anjou y Alenzon, vanidoso como todo francés, y ge- mujer arrobada, y en vez de tocarla se ponia su diesneral de un ejército de hugonotes, te hubiera oido, tra sobre el corazon. Recordaba entonces D. Juan el duque de Anjou y Alenzon hubieran temblado co- las palabras de Octavio Gonzaga, y creia que la mo una mujer de su país: si Juan Casimiro, duque mano blanca y trasparente de aquella mujer habia de Saboya y aliado de los brabanteses, te hubiera llevado mortal tósigo á sus entrañas? Si Gonzaga oido, Juan Casimiro hubiera roto sus alianzas, reti- se hubiera presentado a reproducir necias sospechas, rándose a su ducado; porque cuando decias VEN- la espada de D. Juan de Austria roja hubiera que-CERÉ, lo decias, príncipe, del mismo modo que dado en la sangre de amigo tan noble y leal. Y qué motivo tenia el austriaco para atormentarse con El príncipe estampó un amoroso beso en la blan- dudas? No se sentia en aquel momento tan fuerte, ca mano de la jóven, y con la suya acarició la cabe- como el rey de los bosques, y tan feliz que le daba llera de María, únicas muestras de cariño que osa- miedo lo inmenso de su felicidad? Feliz era el prinba darla. La hija del armero miró al austriaco con cipe; su memoria no le presentaba un recuerdo ni se alejaba á lo porvenir, porque su imaginacion to--Principe D. Juan, eres profeta? pregunta he- da estaba fija en lo presente. Sin embargo, conocia el príncipe que aquella contemplacion muda y -No, María, la respondió el príncipe; pero po- religiosa no podia prolongarse mucho sin poner á prueba todas las fuerzas de un mortal; pero reflec--Maria se arrodilló delante del principe, y éste sionaba al mismo tiempo que no era menos peligroso entregarse á nuevos delirios de amor. Se cubrió -María, me amas con todo aquel amor que me los ojos con la mano, para cortar en cierto modo aquella cadena magnética, y empezó á buscar es--Hoy no te amo, repuso María con voz metá- profeso algun recuerdo que pudiera momentaneamente producirle una sensacion dolorosa. Pasados algunos minutos debió encontrarlo, porque sus ceas se fruncieron, respiró con alguna mas fuerza, y

-María.

-: Príncipe! repuso la jóven violentamente es-

- Estabas dormida, María? preguntó el austriaco, dando á su voz una parte de la amargura, que Qué impresion habian hecho en Marfa las pala- cuidadosamente habia procurado depositar en lo mas

-No dormia, príncipe; pero soñaba, repuso Ma-

ría con la candidez de una niña.

-¿Y sin duda, porque soñabas, no me has conde su amante un valor que en sí no tenian, ó cier- tado qué se ha hecho el pobre Guillermo Matren? A esta pregunta se fruncieron las cejas de María,

fuego del rayo y tenido la vibracion del trueno su como se habian fruncido antes las del príncipe, voz? No habia ecsagerado la amante. D. Juan de aunque con distinta espresion, y salió de su pecho

-¿No me respondes, hermosa mia? volvió á pre-

-Guillermo Matren está libre, repuso María

-¿Y piensa permanecer libre en la hermosa ciu-

-No, príncipe, mañana marchará á Bruselas sin

- Y pudiera yo saber, María, á qué va Guiller-

--Porque es mi secreto, Don Juan, repuso Ma- sabiendo qué responder á un enfermo como el ausría, con un acento que trocó el sarcasmo del prin- triaco. cipe en hondo despecho, y aquella gota de amargu- Pasaron algunos minutos en un silencio tanto mas ra, que él mismo se había proporcionado, en un mar triste, cuanto solemnes habían sido las últimas pasin fondo ni ribera, sembrado de escollos y de bor- labras de D. Juan. Se pasó este varias veces la marascas combatido.

-Ese secreto me envenena, murmuró D. Juan al fin: con voz sorda.

-Y á mí tambien, repuso la jóven con un acento tan doliente, que llegó al alma de Don Juan.

-Mira, María, añadió el austriaco con voz sumisa y suplicante: en un momento de locura procu- austriaco tendiendo el brazo hácia el doctor. ré buscar una pena que templara un tanto lo inmenso de mi felicidad, y estoy sufriendo horriblemente. He sido un loco, lo confieso; pero un demente no merece duro castigo. Revélame, María, tu secreto, si quieres volverme la paz.

-¡Mi secreto! esclamó María, ocultando el ros-

tro entre sus manos.

-¡Tu secreto, María, tu secreto! repitió Don Juan suplicante.

-El médico de V. A., dijo Gonzalo en alta voz tor la puerta, dijo con voz sorda: como vigilante centinela.

-¡El médico! esclamó María, perdiéndose entre na de Namur, aunque en breve vuelva mi cadáver. los tapices.

-El médico, murmuró Don Juan, paseando una triste mirada, y despues sentándose abatido.

y rostro de doctor, es decir, entre alegre y grave; ardientes ojos del austriaco, con una mirada tan sise acercó al príncipe, ocupó un sitial sin ceremo- niestra, que los dejó caer al momento.

-¿Cómo se encuentra V. A. desde esta mañana cabeza. temprano?

Bastante bien, repuso el príncipe recobrando del tapiz.

-Muy bien debe hallarse V. A., cuando ha resuelto abrir la campaña en persona.

-Así es la verdad, contestó el austriaco á su médico con singular indiferencia.

-¿Y cree V. A. que podrá sufrir los trabajos de la campaña sin menoscabo en la salud?

-Sé que podré dar una batalla, y con esto tengo bastante.

-No es bastante, repuso el médico. La preciosa vida de V. A. está encomendada á mi cuidado. y yo no puedo consentir que por mal método se vea en grave peligro.

-- Con quién pensais que estais hablando? Creeis por ventura que os dirijís á S. M., mi augusto hermano, y que podeis decirle: "señor, el bienestar de vuestros reinos ecsije que no comprometais vuestra persona, y que conserveis vuestra preciosísima salud." Os engañais mucho, doctor. Sois el médico de un soldado, y á un soldado debe decfrsele: "No tienes bienes ni familia, tu único patrimonio es la gloria. Desnuda la espada, pelea, y cada estocada que recibas te hará el mismo bien a una jornada del enemigo, y habiendo reunido su que las sangrías hechas por mi mano." Así se habla á un simple soldado como yo, que encontrará su primer trono sobre aquellas nubes carmesfes.

El príncipe levantó su diestra hácia el cielo, se-

no por la frente como para ahuyentar ideas, y dijo

-Podeis retiraros, doctor.

-Si me lo permite V. A. le tomaré el pulso, observó el médico.

-No tengo el menor inconveniente, repuso el

Aplicó éste sus dedos á la arteria, observó dos ó tres minutos, y dijo:

-V. A. no puede salir de Namur.

-He dicho que saldré, repuso el principe, procurando domar su impaciencia.

-Yo repito que es imposible. -- Por qué, doctor?

-Porque ha reaparecido la fiebre.

El príncipe lanzó un gemido, y señalando al doc-

-Como saldréis ahora de aquí, saldré yo maña-

La voz y el altivo ademan del príncipe impusieron tanto a su médico, que salió sin oponer razones á la voluntad del enfermo: María entreabrió de El médico penetró en la cámara con paso lento nuevo los tapices; pero vió clavados en ellos los

-La fiebre, murmuró D. Juan oprimiéndose la

Un ;ay! penetrante y doliente respondió detras

----CAPITULO XVI.

LA ULTIMA LUZ DE LA ANTORCHA.

Decidido el príncipe Don Juan á cumplir la resolucion del consejo, espidió las convenientes órdenes para que dejara el ejército sus cuarteles, v mandó hacer todos los aprestos necesarios. Muy grande fué la diligencia de los capitanes del austriaco; pero no fué menor la que pusieron los rebeldes, y cuando el ejército real emprendió su marcha, ya estaban reunidos los aliados en Rimenant, pequeña aldea situada entre Lira y Malinas levantando dobles trincheras.

La instantánea reunion de los ejércitos enemigos contrariaba el primer pensamiento del príncipe, que consistia en irlos batiendo aisladamente; pero de ningun modo variaba la resolucion del austriaco que habia profetizado vencer, y estaba resuelto á realizar su prediccion. En esta disposicion de ánimo se adelantó el gobernador general hasta Tiennen, consejo, se espresó en estas sencillas palabras.

-Señores capitanes, hoy debemos ejecutar cuanto ofrecimos en Namur.

Gonzaga, Mansfeld, Hierg, Mondragon, Figuenalando lijeras nubes, y el médico bajó los ojos no roa y otros capitanes aplaudieron la corta arenga

- Coroceis, señor, la posicion que ocupa la ene- ros de vencer. miga hueste?

-Sera ventajosa para ella, repuso el austriaco austriaco, y se decretó la batalla.

presentar batalla sin haber elejido el campo? pre- les enemigos Mucio Pagani y Amador de la Abaguntó el príncipe de Parma al gobernador general. día, ambos capitanes de caballos y esperimentados

te indiferencia.

mandais, dijo Farnesio con calor.

Un murmullo de desaprobacion respondió á Ale- aldea llamada Rimenant; por los costados con somjandro; el austriaco dirijió á su sobrino una mirada, brías selvas y frondosos bosques de pinos; y por el y guardó silencio: el parmesano prosiguió:

dad verme disentir en este punto, siendo yo un que delante del campamento se estendia una inmenhombre á quien á veces muchos tachan de confia- sa llanura, la mas adecuada posible para una batado; pero de tímido, por lo menos hasta ahora nin- lla campal, pero debia tenerse en cuenta que solo guno. Esto mismo os ha de hacer pensar, que de- podia atacarse la aldea de Rimenant, atravesando ben ser de mucho peso las razones que me hacen un desfiladero pegado al bosque de la izquierda, disentir de esta batalla contra mi deseo y mi cos- por el cual podrian marchar con mucho trabajo seis tumbre. Esplicarélas en pocas palabras, pues soy hombres de frente. mas pronto de manos que de lengua."

deraciones militares fundadas en las grandes venta- cuadras de soldados á las fortalezas de la frontera ias que á los enemigos daria lo favorable del terre- de Francia, en peligro por las tentativas de Alenno, y acabó opinando contra el trance de la batalla zon, movió su campo de Tiennen; y al frente de propuesta por su ilustre tio.

estinguido un solo dia, y que desde mediado Julio lo separaba de Bossú, y marcialmente desafió á los se presentaba mas pujante, se llevó la mano á las generales enemigos, sin que osaran estos salir fuesienes, contó las desiguales pulsaciones de sus ar- ra de sus trincheras. Entonces el príncipe de Parterias durante un minuto, y,

-No tengo un momento que perder, murmuró austriaco y le dijo: con voz apagada.

-Padre mio, no recordais mi juramento? repu- damiento, deben comenzar la pelea.

so el austriaco tristemente. anciano con gravedad.

-- Y tiempo tendré? volvió á preguntar Don te á mi lado toda ella. Juan con mas amargura.

-¿Por qué no? repuso el anciano á su vez.

Serbelloni alargó la diestra, el príncipe la colocó mentos, añadió con perfecta tranquilidad:

-Contad las pulsaciones, padre mio, y me responderéis despues.

al cielo los ojos.

no tengo tiempo que perder. en la asamblea un efecto, que el mismo príncipe riador de las guerras de Flandes, "por espacio de de Parma esperimentaba á su pesar. Ademas, con- "tres horas se estuviese quieto dentro de sus reatra las razones de Farnesio tenia el austriaco una "les, ha ciéndose sordo á todos los envites, llamando bastante poderosa, y era la mala inteligencia que "á su presencia el austriaco á Alfonso de Leiva, que reinaba entre los caudillos rebeldes; mala inteligen- "estraordinariamente gobernaba un escuadron vo-

del austriaco; Gabriel Serbelloni calló, y Alejandro | cia, que en el trance de una batalla proporcionaria á un general prudente y esperimentado medios segu-

La mayoría del consejo aprobó la proposicion del

No habia un momento que perder, y por órden - Y con un ejército inferior en número osaréis de Don Juan de Austria, fueron á esplorar los rea-- Por qué no? replicó el austriaco con aparen- en guerra: á su vuelta, confirmando las noticias antes recibidas, dijeron: que las tropas rebeldes ha--Porque no debeis comprometer el ejército que bian asentado los reales en territorio de Malinas, los cuales estaban defendidos por la espalda con una frente con trincheras y profundos fosos defendidos "Veo, señores capitanes, que os causa nove- por numerosa artillería. Añadiendo los emisarios,

Estas noticias no entibiaron el bélico ardor del Se estendió Alejandro Farnesio en varias consi- austriaco; y despues de haber enviado algunas esdoce mil infantes y cinco mil buenos caballos, atra-Don Juan de Austria, cuya fiebre no se habia vesó el puente de Ariscot, cruzó la distancia que ma, que á la batalla se habia opuesto, se acercó al

-Permitidme, señor, que vaya delante de los -Voto con el príncipe de Parma, dijo Serbello- maestros de campo, y en la primera fila de los vani, sin haber oido las tristes palabras de Don Juan. lientes tercios castellanos que, segun vuestro man-

-No, Alejandro, repuso el príncipe, con cariño Ocasion tendrá V. A. de cumplirlo, replicó el a un tiempo y majestad. Quizá sea esta la última batalla que mandemos juntos, y prefiero tener-

-Señor, replicó el parmesano, no sin rubor: he tenido lengua en el consejo para desaprobar el ata--Dadme la mano, padre mio, replicó el austria- que, y quiero manifestar ahora que no fué por falta de manos.

-Príncipe de Parma, todos saben que no te falsobre la arteria de la suya, y pasados algunos mo- ta corazon, dijo D. Juan, y sin añadir mas respuesta, recorrió la línea de su hueste, con toda la velocidad de su poderoso corcel.

Formado el ejército en batalla, á la entrada de la Serbelloni soltó la mano del enfermo y levantó llanura, convidaban los roncos redobles de los atambores y el agudo son de los clarines á sangriento y -Ya veis, padre mio, prosiguió el príncipe, que rudo combate, y los veteranos de D. Juan deseaban medir sus tizonas con las del ejército aliado: "pero Esta sencilla accion y estas palabras produjeron como éste," dice el jesuita Famiano Estrada, histo"lante; andad, dice á Alfonso, y enderezad vuestra continúa el diligente historiador, "pasando de lar-"espaldas al escuadron de Leiva."

Así escribe el referido historiador el primer movimiento de ataque ordenado por D. Juan de Austria: y trasladandose al campo enemigo, continua:

"Gobernaba todo el ejército, en nombre del ar-"chiduque y de los Estados, el conde de Bossú, "Macsimiliano Hernini, soldado veterano y cauto. "Este, resuelto à eludir los conatos del austriaco "con solo estar á la mira, ó á cortarlos con astueia, "mandó á Juan Norici, coronel de ingleses, que de-"migo, pero que con la refriega no se dejase alejar "del puesto. Comenzaron, pues, á pelear españo-"les con ingleses, al principio muy à la ligera; por "que ni Leiva ni Norici, que le salia al encuentro, "iban con intento de pasar á mas, hasta que me-"tiéndose el conde de Egmont, con unas tropas de "caballería escojida, á socorrer á los ingleses, por no ha de quedar ni uno de ellos. "que caian muchos de ellos, al punto Monte se le copuso con su caballería. Llegábase tambien Ro- bia traspasado mil veces los límites de la prudeucia "berto Estuart con algunas escuadras de infantes por seguir el ciego impulso del valor, encargó al "escoceses, cuando el austriaco mandó acudir alla príncipe de Parma que fuera á sacar del peligro "à Fernando de Toledo, con el resto del escuadron aquellas valientes falanjes, mientras él tomaba pe-"volante, cuyo cabo era en propiedad, y que le fue- rentorias disposiciones. "ra siguiendo Camilo del Monte, con dos cornetas "de caballos. El se arrimó mas cerca con la bata-"lla, como ya la tenia ordenada, con esperanza de "venir a las manos con el enemigo, que estaba ya "llo Alejandro Fernesio, se fué al punto que habia "pedido entre la infantería española, primera hi-

"Ya las tropas no escaramuzaban, sino que á to-"do trance trababan, con sumos alientos de entram-"bas partes, la batalla, cuando Leiva, apuntando fecilizmente los arcabuceros por entre los árboles, cipe de Parma la salud del escuadron volante, y "ocupó el bosque de la mano siniestra, y metiéndo-"se Toledo por la entrada, ya casi desamparado de Gonzaga y recias maugas de arcabuceros, cuidó de "defensores, entrambos con gran impetu y con un organizar las fuerzas restantes de la hueste, de mo-"esforzado avance de la caballería, embistieron la do que pudiera recibir en su seno á los que se ba-"trinchera; y, retirandose unas veces el enemigo, tian en retirada, sin romperse, presentando un fren-"otras volviendo á la pelea, últimamente, con cuante formidable al enemigo, si osaba bajar á la llanu-"ta fuerza podian, le hicieron volver el pié atrás ra, y con ella se adelantó hasta la entrada de los "hasta la aldea."

Apoderada la vanguardia del ejército de D. Juan ma facilidad del triunfo hizo sospechar á Farnesio un dia. Luchando con los enemigos, mandó Alejandro alguna pérfida celada, y fué á participar al austria- que los infantes torcieran poco á poco hacia aqueco su incertidumbre y sus temores. En ellos abun- lla parte del campo que á Alonso de Leiva habia dada el príncipe, y confirmándolos con las reflecsio- mostrado, y disimuladamente dió despues la señal nes de Alejandro, envió órden a los cuerpos mas de la retirada, encargando en ella el mejor órdenavanzados para que detuvieran la marcha, fortifi- Para que pudieran los infantes retirarse cómoda-

"gente á aquella senda angosta, que veis entre la sel- "go el pago y siguiendo las huellas del enemigo á "va y la trinchera, con ademan de quien por despre- "toda prisa, habian entrado en un campo, camino de "cio del enemigo va á entrar en la aldea: sin duda os "Malinas, cercado por una parte del rio Demer, y "saldrá al opuesto: entonces, retirándoos poco a po- "por otra de una espesa selva, y se adelantaron tan-"co, sacade al campo. Y juntamente mando al "to, llevados del ardor de la pelea, que aun no habian "marqués del Monte, que con tres banderas de ca- "entendido el engaño, cuando se vieron á la vista "ballos, de cota y lanza, cargase hácia altá, é hiciese "de los verdaderos reales. Estaban estos entre el "rio y la selva: en una eminencia, con valiente cir-'cunvalacion, y colocada en el frente la artillería. "Aquí se habian acuartelado los enemigos, en número de doce mil infantes y siete mil caballos, 'distribuidos en escuadrones hasta los muros de

Pocos eran los españoles para apoderarse de un campamento perfectamente fortificado y defendido por un tan numeroso ejército; pero en lugar de intimidarse con la sorpresa y el peligro, y mientras "fendia aquella entrada, que saliese à recibir al ene- recibian refuerzos, cerraron con los enemigos, sin contar el número ni reparar en su desventajosa posicion. Con enoje supo el austriaco que habían traspasado sus órdenes, y en un arranque de despecho esclamó con aitado acento:

-Ellos han comprometido neciamente mi bien concertada operacion: ellos solos han de triunfar 6

Pero reflecsionando despues, que él mismo ha-

"Las entradas de los vallados" continúa el sabio jesuita, "encargó á los arcabuceros, mandándo-'les, que cuando el enemigo viniese en seguimien-"to, le detuviesen con una repentina tempestad de "bastante provocado. Saltando entonces del caba- "balas: y ordenó que al mismo tiempo Gonzaga, "con los caballos juntos, animoso defendiese las es-'paldas de las tropas, al irse éstas retirando, y que cuando se recojiese la infantería, avivase enton-"ces mas el ardor del choque, para cortar la furia "del contrario."

> Confiando D. Juan al valor y talentos del príncreyéndolos bien socorridos con la caballería de bosques.

Durante esta bien meditada maniobra, en la cual de Austria tan făcilmente de una gran línea de trin- la cabeza del general se había sobrepuesto al brioso cheras, hubiera podido envanecerse y considerar al corazon del guerrero, no se descuidó el príncipe de enemigo casi enteramente desalojado; pero la mis- Parma que de prudente general queria acreditarse en cándose en el conquistado recinto. "Pero ya ellos" mente, se arrojó Gonzaga, al frente de su caballe-

ría, sobre el enemigo, con tan buena suerte y bizarría, que desorganizó sus filas y sembró el cam- si vo no estuviera en el mundo. po de cadáveres, no retrecediendo un solo palmo, El austriaco entregó á Serbelloni su baston de hasta que los hermanos del Monte, á la cabeza de mando, desnudó con potente diestra su cortante essetecientos caballos escojidos, lo relevaron, por ór- pada de Toledo, y poniendo espuelas al caballo, fué den espresa de D. Juan.

arcabuceros al abrigo de unos vallados, hacia tan Radiante, como el querubin que arrojó a nuesmortíferas descargas, que tuvo á raya á los rebel- tros padres pecadores de su encantado paraiso, crudes, mientras los infantes de Leiva, retirándose ca- zó el príncipe la llanura, rompió las filas enemira al enemigo, lograban salir del conflicto, reunién- gas, y metiéndose en lo mas cerrado del pequeño dose á la batalla de D. Juan.

-Imprudente has estado, Leiva, en el campo de los rebeldes, le dijo el austriaco recibiéndole, y por traspasar mis instrucciones, has comprometido voz.

pero sírvame de disculpa, que combatia al frente abrió en ellos tan ancha brecha, que ancha senda de españoles, y que estos, mientras pueden mover halfó hasta su campo sin ser de nadie perseguido, las manos, no quieren valerse de los piés.

de aplaudirla; pero llamaron en breve su atencion palidecieron sus mejillas, y sus radiantes ojos se los caballos de los dos hermanos del Monte.

Con la retirada de los infantes, todas las fuerzas enemigas cayeron sobre los setecientos caballos; se renovó una pelea mas encarnizada y atroz, y allí era de ver cuánto puede el valor puesto en duro

Sobre setecientos combatientes tronaba de leios la artillería de los aliados, cuando á descubierto los hallaba, y sobre setecientos combatientes herian de cerca las espadas de numerosos escuadrones que se sucedian sin cesar. Camilo y Juan Bautista del Monte conocian el grave peligro en que se hallaban peleando y briosamente acometiendo; pero conocian tambien que la retirada no lo presentaba menor. Colocados entre dos peligros, elijieron, como valientes, el que mas gloria podia darles, y en vez de volver las espaldas, se precipitaron sobre un escuadron enemigo, y despues de acuchillarlo, hasta bajo sus mismas trincheras, se vieron cortados de improviso, y al parecer en la alternativa de entregar las armas ó morir.

dado hasta el mas pequeño movimiento de este va- ria comprometer su ejército, mandó, a la caida de leroso escuadron, ya perdiéndolo entre nubes de la tarde, que retrocediera su campo a Tiennen, hapolvo y humo, ya viéndolo aparecer de nuevo so- ciendo marchar en vanguardia á los que tan bien se bre una colina, y ya, por último, cercado por falan- habian batido. jes tan numerosas.

dos capitanes del Monte á relevar á Octavio Gon-batalla, 1.º de Agosto de 1578, y se acampó con zaga, à la cabeza de bravos guerreros castellanos, todo su ejército, esperando ocasion propicia de y esta distincion honorifica iba a costarles harto ca- abrir una nueva campaña. Sin embargo, este penra. El príncipe no podia dejarlos en tan duro tran- samiento necesitaba, para realizarse con éxito, ser ce, y no queria comprometer de nuevo una gran poderosamente secundado por el rey de España, y parte de su ejército. Meditabundo parecia; pero el rey no mostraba mucha impaciencia por restade improviso su mirada lanzó un brillo deslumbra- blecer su autoridad en Flandes. dor, se colorearon sus mejillas, tan pálidas momen- Recibió el austriaco en Tiennen la triste nueva tos autes, y acercándose a Serbelloni, le dijo con el de que la plaza de Ariscot se habia entregado al mismo acento que habia resonado en el palacio de enemigo, pereciendo antes Muncio Pagano, que las Flores al celebrarse el último consejo de guerra por el rey la mantenia. Tambien supo el príncipo en la noble ciudad de Namur:

-Tomad mi baston, padre mio, y mandad como

a llevar á los dos hermanos del Monte el gran secor-No holgaba Toledo entre tanto, y apostando sus ro de su brazo, de su corazon y de su nombre.

escuadron leal, preguntó con vibrante acento:

-¿En dónde estoy?

-Entre castellanos, respondieron todos á una

- SANTIAGO, CIERRA ESPAÑA! grito el príncipe; -Imprudente he sido, señor, repuso D. Alonso; y precipitándose sobre los escuadrones rebeldes,

Al tocar las primeras filas, envainó su sangrienta La disculpa era tan briosa, que el principe hubo espada, tomó el baston que le presentó Serbelloni, apagaron, porque en aquel arrojo marcial habia brillado la última luz de la antorcha.

--- : 013....

CAPITULO XVII.

LA CORONA.

JARGO tiempo permaneció el príncipe al frente de sus escuadrones, esperando que los rebeldes descendieran á la llanura; pero Bossú, cuya estratajema no habia tenido resultado, merced á la prulencia del general y desesperado valor de los tercios que habian tomado parte en la lid, se contentó con llegar á la aldea, marchando sobre los cadaveres de sus propios soldados, de los cuales cubrian el campo de batalla mas de dos mil; número casi superior al de los castellanos con quienes midieron las armas.

Conociendo Don Juan de Austria que los aliados no dejarian sus formidables posiciones, por mucho Don Juan de Austria habia seguido con gran cui- que los provocara, y que atacarlos nuevamente se-

Sin sufrir la menor molestia del enemigo, llegó Por órden espresa del austriaco habian ido los Don Juan de Austria á Tiennen el mismo dia de la

que el ejército de los Estados se iba aumentando